

REVISTA FORJANDO

**LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA EN LA
ARGENTINA DEMOCRÁTICA:
LEGITIMIDADES , MORALIDADES ,
INTERESES**

por Por Gabriel Vommaro

Es investigador-docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento e investigador del Conicet. Coordina actualmente la carrera de Estudios Políticos en la UNGS. Es doctor en sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Sus temas de investigación son: cultura y prácticas políticas en la Argentina de la post-transición democrática; medios de comunicación y política; configuraciones, redes y espacios de sociabilidad política; ciencias sociales y expertise

Resumen

En este artículo se argumenta que el modo en que se constituyó lo que puede llamarse un sentido común político en los años de la llamada “transición democrática”, los rasgos de ese sentido común, así como la manera en que

éste fue reinterpretado y a la vez alimentado por las ciencias sociales argentinas, acentuó una serie de dicotomías y separaciones para pensar la participación política que tendieron a privilegiar un punto de vista individualista y desarraigado socialmente. Este sentido común político develó sus dificultades una vez que adquirieron nueva centralidad la movilización política en el espacio público, por un lado, y la política cara a cara a nivel territorial, por otro lado, hacia mediados de los años noventa y en especial en torno a las movilizaciones de 2001. Entonces, la celebración de la distancia por sobre la pasión política, de la autonomía por sobre la relación con el Estado y con la política profesional, de la política respecto de “lo social”, se transformaron en obstáculos –obstáculos epistemológicos, diría el viejo Canguilhem– para hacer frente a los desafíos conceptuales que despertaba la nueva situación.

1. Una nueva tradición política en clave de transición a la democracia

En 1983, contra la mayor parte de los pronósticos, el radicalismo ganaba las elecciones presidenciales luego de siete años de dictadura militar. Por primera vez el peronismo perdía en elecciones libres, sin proscripciones. Alrededor de la victoria de Raúl Alfonsín se construyó toda una serie de significaciones de “cambio de época”, de inauguración de un nuevo ciclo político, que la noción de “transición democrática” tendió a integrar. En efecto, la metáfora de la transición, movilizaba por académicos y profesionales del comentario político (periodistas, analistas, editorialistas, intelectuales), suponía el dificultoso pasaje de una situación autoritaria a otra caracterizada por el imperio de las instituciones y las reglas democráticas (Lesgart, 2003). El fin de la dictadura militar sería así la oportunidad para la construcción de una nueva tradición democrática, en el sentido que Raymond Williams ha dado a la noción de tradición, es decir un proceso complejo mediante el cual “a partir de un área total posible del pasado y del presente, dentro de una cultura particular, ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados y otros significados y

prácticas son rechazados o excluidos” (1997, p. 138). Como hemos señalado en otra parte (Vommaro, 2008), para evitar toda interpretación esencialista, diremos que este proceso no debe entenderse como una distorsión de la tradición “verdadera”, una construcción basada en el ocultamiento de los hechos, sino que el nuevo tiempo democrático se constituyó a partir de las maneras en que los actores intervinientes en las luchas políticas toman, en un universo de lo posible, sólo ciertos hechos y ciertos significados para integrarlos, bajo la forma de una continuidad histórica en términos de ruptura, como parte de la nueva tradición, de la cual abrevaría el campo político –y periodístico– en las décadas siguientes.

Esta nueva tradición política supuso una construcción de la ciudadanía, a la vez, individualizada (descorporativizada) y desarraigada socialmente (desobrerizada). Individualizada, porque se tendió a pensar a los ciudadanos como desligados de las grandes tradiciones y movimientos políticos; autónomos, libres, en las versiones celebratorias, que hasta entonces habían sido movilizadas, en especial, por las fuerzas políticas de derecha, que esperaban el final del poderío del peronismo como movimiento irracional y manipulador de las masas. Desarraigada socialmente, porque al desorganizarse, con la derrota del peronismo, la creencia en que los trabajadores constituían el corazón del sujeto democrático, y que por tanto eran, en cierta medida, la expresión de las mayorías, se tenderían a invisibilizar todas las relaciones entre pertenencias de clase, de género, etc. y formas de participación política. Si en los años de la “Argentina peronista” la descripción de los actores políticos se realizaba en términos de trabajadores, de clases medias, estudiantes, etc., para dar cuenta de su significación política, en la nueva tradición política esas pertenencias serían dejadas de lado en la inteligibilización de los comportamientos en esa esfera. Que ése no era el único modo de leer las transformaciones en los lazos entre ciudadanos y actividad

política puede verse, por ejemplo, en un trabajo de Juan Carlos Torre en el que se demuestra que no existen elementos empíricos contundentes para hablar de una crisis de representación del hemisferio peronista del espacio político (Torre, 2003), es decir que no hubo, desde 1983 y hasta fines de los años noventa, una ruptura significativa de la ligazón del peronismo con su electorado. Sin embargo, la lectura de una política desencarnada social y culturalmente pareció imponerse.

Lo que hemos llamado indicadores prácticos de la lucha política, herramientas que permiten a los actores políticos y a quienes hacen profesión de la observación de esa actividad conocer el estado de la lucha en la que están comprometidos, actuar para modificar o mantener las relaciones de poder que allí tienen lugar y, en ese sentido, investirse de propiedades representativas (Vommaro, 2008), guiaron y a la vez dieron cuenta de este proceso de transformación de los principios de percepción de la relación entre ciudadanía y actividad política. Por un lado, la política en las calles y la participación en los actos partidarios, en especial en aquellos organizados en la Plaza de Mayo, que había sido, en la “Argentina peronista”, la forma más legítima de dar cuenta del estado del campo político en cuanto a apoyos y lealtades mayoritarias, perdió peso frente a otros indicadores asociados a la no copresencia (ratings, popularidades medias por encuestas, etc.). Por otro lado, la importancia de lo popular como sinónimo de mayorías también se debilitó profundamente. Si los trabajadores eran sinónimo de pueblo y de mayoría, medir su presencia en los actos y manifestaciones formaba parte de la construcción de la posición de cada actor en la competencia. Sin embargo, la pérdida de la centralidad de los trabajadores en la política argentina, acompañada por la crisis del mundo del trabajo formal e industrial tras los cambios en la estructura social y en la lógica de acumulación económica producidos durante la última dictadura militar, produjo un doble debilitamiento:

de la presencia de los trabajadores, y del modo en que eran percibidos. En una Argentina que se quería descorporativizada, la presencia de trabajadores en los actos ya no sería sinónimo de mayorías, sino, en ocasiones, de manipulación y de violencia. El proceso de desindicalización del peronismo contribuyó a este debilitamiento de lo popular, así como el discurso anticorporativo de Alfonsín (Aboy Carlés, 2001).

Tanto respecto de la individualización como de la desobrерización de la ciudadanía, la figura de la gente se mostraría más adaptada a la nueva realidad que la vieja y entonces malafamada figura del pueblo. Con ella, surgirían dos categorías asociadas, el indeciso y el independiente, que remiten a modos de subjetivación política y que requieren de nuevos dispositivos de aproximación y lectura (Vommaro, 2008). Estas nuevas figuras se muestran como ya no sujetas a identidades partidarias, más “libres”, y no asociadas directamente a “lo popular” como lo estaba el “pueblo peronista”. El papel de los medios de comunicación es central para su interpelación: estos devienen un espacio privilegiado de escenificación de la política así como de construcción de acontecimientos en ese campo.

Vale la pena citar in extenso un artículo del sociólogo Manuel Mora y Araujo publicado en el diario La Nación días antes de las elecciones presidenciales de 1983, en el que explicaba la nueva situación política argentina post-dictadura a partir de ciertos postulados de la sociología funcionalista combinados con la ideología liberal-individualista. Las transformaciones políticas en curso eran leídas en clave de ruptura de los vínculos entre los ciudadanos y los partidos, a la aparición de los independientes y a la celebración del indeciso. El título de la columna era “La indecisión y la democracia”:

“El sistema electoral argentino está hoy –quizás en mayor medida que nunca antes– exhibiendo diversos atributos de

un sistema libre y pluralista, esto es, de un verdadero 'mercado electoral'. Aún está lejos de haberlos adquirido plenamente, pero se diría que se mueve en esa dirección [...] El estilo movilizador no solamente propende a reemplazar el voto y el mecanismo del mercado electoral por la presencia física o el ruido, poniendo en la plaza lo que debe estar en el cuarto oscuro, además, lo que es más significativo, canaliza algunos intereses importantes dentro del cuerpo social a través de instituciones o canales no electorales y, de esta manera, muchas preferencias individuales son cooptadas y masificadas en lugar de jugar atómicamente en un sistema cuya eficacia debe residir en su capacidad para encontrar siempre nuevas combinaciones”.

Contra “la presencia física o el ruido”, entonces, el mercado electoral. Contra la masificación, el juego “atómico”. Una democracia de la gente. Esta serie de enunciados normativos sobre lo que debía ser la democracia argentina, impulsaba al analista a ver en la nueva realidad algunos datos alentadores:

“El voto cooptado de hecho por la movilización masiva parece estar disminuyendo. Más y más individuos razonan y deciden su voto [...] El gran número de indecisos con el cual nos encontramos hoy nosotros mismos revela, de alguna manera, que ese proceso que no pudo todavía tener lugar en los hechos, históricamente, está teniendo lugar en la cabeza de muchos ciudadanos [...] La indecisión no es otra cosa que la manifestación de una demanda electoral insatisfecha. En la medida en que pueda expresarse, como lo hace, revela la vitalidad de sus componentes libres y pluralistas. Esa es la contribución del electorado a la construcción de una democracia real. Lo que siga debe ser contribución de los partidos políticos. Que haya ciudadanos que no razonan y deciden como algunos políticos quisieran está ya dejando de ser un problema del sistema, y pasando a ser un problema de los partidos y de su capacidad para generar ofertas más atractivas” (26-09-1983).

Mora y Araujo fue uno de los padres fundadores de los estudios de opinión y de intención de voto en Argentina, que se consolida a partir de los años ochenta. Junto a otros sociólogos y politólogos, participó de la definición práctica de las grillas de lectura de la actividad política que se asociarían a esa nueva disciplina auxiliar de la actividad proselitista, y de la decodificación de la competencia política por parte de los profesionales del comentario político. Es claro que su visión está lejos de ser mayoritaria por entonces, pero anticipa, quizá de modo extremo, componentes centrales de ese sentido común político condensando en la nueva tradición democrática argentina. La “democracia real” –y la “ideal”– sería entonces el reino desencarnado de actores individuales que razonan libremente: autónomos, independientes, liberados de los partidos políticos, pero también de toda forma de pertenencia más o menos durable, o basada en definiciones morales sobre las buenas formas de sociedad ancladas en mundos sociales de pertenencia. El nuevo tiempo democrático que se abría en 1983 sería configurado así, tanto en estos discursos performativos como en los modos de construcción de la actividad política que se impondrían progresivamente, como escindido: por un lado, políticos que debían apoyarse en las diferentes formas técnicas de conocimiento del mundo social –y, cabe decirlo, también de las leyes de la economía, de la administración, de la gestión– para construir sus lazos representativos; por otro lado, ciudadanos distantes de esa actividad, independientes, que en cada elección debían ser convencidos de declinar su indecisión a favor de una u otra oferta política disponible. En la breve primavera alfonsinista, tanto radicales como peronistas renovadores intentarían desarrollar canales de participación política más o menos permanentes. La salida delegativa de la crisis de la Semana Santa de 1987, por un lado, y el triunfo del peronismo gestor y reformista en 1989, por el otro, avanzarían en el sentido de la historia al que parecía apuntar Mora y Araujo en su columna (Rinesi y Vommaro, 2007). Entretanto, la fragmentación del mundo social

creaba profundas escisiones en las clases populares y en las clases medias argentinas. La crisis social fue leída entonces con las armas interpretativas de aquel sentido común político legado por la transición.

2. La democracia ideal desencarnada y las dicotomías de la participación política

Podríamos decir que, a la lectura en clave desencarnada de la democracia que legó el sentido común político transicional, se le añadió en la década siguiente un conjunto de elementos que se incorporaron a la grilla dominante de lectura de la política y de la relación de los ciudadanos con la política, asociados con una cierta interpretación de los efectos políticos del empobrecimiento y el debilitamiento de los vínculos salariales formales que vivió buena parte de los sectores populares en esos años. Estos elementos fueron sintetizados por Denis Merklen en el título de su libro *Pobres ciudadanos* (2003). Con él, Merklen daba cuenta de esta tensión que se había producido en la lectura sociológica y politológica del desarrollo de la democracia argentina, y que podemos relacionar con los componentes de la tradición política que acabamos de describir: en tiempos de crisis social, la ciudadanía desencarnada socialmente era pensada como “pobre ciudadanía” para el caso de los sectores populares empobrecidos. Sin duda la crisis del mundo salarial y las transformaciones socio-económicas vividas por el país impactaban profundamente en los modos de sociabilidad y de politicidad, por emplear la fórmula de Merklen, de esos sectores, pero eso no implicaba pensar su relación con la actividad política sólo en términos de carencia, de “pobreza”. En cambio, el autor proponía indagar la productividad de la política popular, aún en condiciones de privación material y de penuria económica. En este sentido, la fórmula de Merklen advertía también sobre el hecho de que, en Argentina, la ciudadanía democrática se había consolidado al mismo tiempo que se consolidaba la crisis de la sociedad salarial criolla, que conllevaba

empobrecimiento e informalización de la vida laboral de los sectores populares. Proponía pensar una ciudadanía empobrecida, al tiempo que unos sectores populares politizados, y en este sentido participantes de la vida política de la comunidad.

Los elementos del sentido común político a los que iba dirigida la crítica del autor se habían cristalizado en una serie de dicotomías que actuaron como herramientas de lectura de la política de los sectores populares, aunque no solamente de ellos, que dificultaron, años más tarde, pensar la crisis y las mutaciones que se producirían en torno—es decir, algunos años antes, y muchos después— a los acontecimiento de 2001, con la nueva centralidad de la política en las calles, de la política cara a cara y del arraigo de cierta politicidad en el mundo de la vida cotidiana que ya había sido advertido por algunos trabajos sociológicos a fines de los años noventa (Svampa, 2000). Repasemos brevemente algunas de estas dicotomías: primero, la afectividad contra la razón. Se supone que, en la relación entre profanos y profesionales de la política, la dimensión afectiva de los vínculos políticos se encuentra del lado de la irracionalidad, de la masificación, y por tanto, como pregona el pasaje del artículo de Mora y Araujo ya citado, se debe preferir el “razonamiento” por sobre la pasión: el desapasionamiento como virtud política; como consecuencia, se valora la distancia y la mirada crítica respecto del compromiso político. Segundo: las recompensas materiales contra las convicciones. En virtud de la primera dicotomía, y del modo en que reaparece el compromiso político asociado a la “pobre ciudadanía”, es decir como un compromiso degradado por el estado de necesidad de sus protagonistas, éste es pensado de dos modos: uno virtuoso, desapasionado, basado en ideas, en razones; otro espurio, ya no apasionado, que se explica por la obtención de recompensas materiales asociadas con la “subsistencia”. Tercera dicotomía, entonces: la manipulación contra el interés. También el compromiso basado en

recompensas materiales es pensado en términos dicotómicos, al separar las recompensas ancladas en intereses (rationales) de aquellas que surgen de puras manipulaciones (clientelismo). Las primeras, tienen que ver con ámbitos de la vida que trascienden la subsistencia. Las segundas, están enraizadas y explicadas por una mirada cuasi biológica de la participación política; en términos de clientelismo, por ejemplo, visto como un fenómeno de sujeción que da una respuesta a las necesidades básicas de las personas a cambio de su libertad política.

3. Viejas herramientas para nuevos desafíos

Las ciencias sociales no fueron ajenas a este proceso de transformación de los modos dominantes de pensar y describir la participación política. En muchos casos, tomaron elementos de ese sentido común, al tiempo que le ofrecieron herramientas sofisticadas de decodificación de la nueva realidad. Estas herramientas acentuaron ciertas dicotomías y dificultaron, casi dos décadas más tarde, pensar la crisis y las mutaciones que se producirían con la nueva centralidad de la política en las calles, de la política cara a cara y del nuevo arraigo de cierta politicidad en el mundo de la vida cotidiana. En esas condiciones, llegamos a los años dos mil con pocas herramientas analíticas para pensar la nueva realidad política, que supone una doble ruptura con la tradición política transicional: por un lado, una resocialización de los vínculos políticos, ligada a la nueva centralidad de la militancia, de la organización y de la acción colectiva en la vida política; por otro lado, una revalorización del enraizamiento de la política en la vida cotidiana de las personas: cooperativas de trabajo, reforzamiento de la organización popular a través de programas sociales y de infraestructura estatal, creación de múltiples espacios de sociabilidad política de base territorial con vinculaciones horizontales y verticales, etc., dan cuenta de este fenómeno. Además, a diferencia del pensamiento transicional que desanclaba el mundo político del mundo social,

estas rupturas son promovidas, en gran medida, por la acción del Estado y de las élites políticas. Es decir, por el modo en que desde el Estado una fuerza política interpreta y organiza las energías sociales que se habían revelado en torno a las movilizaciones de diciembre de 2001.

En este contexto, la distancia entre la ciudadanía y la política comenzó a ser repensada. Múltiples trabajos de sociología y antropología han indagado en los últimos años diferentes modos de reconsiderar la participación política a través de rigurosos trabajos de campo y de herramientas analíticas reflexivas, que intentan controlar las preconcepciones y las definiciones normativas que obturan la comprensión de la realidad. Estas investigaciones han dado cuenta de que las transformaciones de la participación política en los últimos años vuelven a colocar dos cuestiones centrales de la política argentina relegadas en la tradición democrática transicional: por un lado, la centralidad de la movilización callejera –de demanda a gobiernos, de apoyo a gobiernos, formas de estallido e indignación, etc.– y de las relaciones políticas cara a cara; por otro lado, la centralidad de la pregunta por la constitución y reconstitución de la comunidad política: vuelve la pregunta por los modos de existencia del pueblo –“¿el pueblo dónde está?”– no desde una visión sustancialista, sino desde la indagación de las formas de subjetivación política que figuran su existencia, que pretenden encarnarlo en marchas, actos, cacerolazos. Esta cuestión reactualiza la pregunta por aquello que une a la comunidad política, que la hace un cuerpo con ciertos lazos de solidaridad y no sólo un conjunto de individuos unidos por algún tipo de interés o de acuerdo racional. Pensar estas transformaciones no debe llevarnos así a tratarlas como una “recaída”, o una vuelta al pasado, sino ayudarnos a aprehender su novedad y su singularidad, pero también el modo en que retoman una parte del legado democrático construido durante la transición.

Aboy Carlés, Gerardo (2001) Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem, Rosario, Homo Sapiens.

Briquet, Jean-Louis (1995) “Les pratiques politiques officieuses. Clientélisme et dualisme politique en Corse et en Italie du Sud”, Genèses, 20, p. 73 -94. Lesgart, Cecilia (2003) Usos de la transición a la democracia, Rosario, Homo Sapiens.

Merklen, Denis (2005) Pobres ciudadanos, Buenos Aires, Gorla.

Rinesi, Eduardo y Gabriel Vommaro (2007) “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos”. En Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (comps.) Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones de la política y de la teoría en la Argentina, Buenos Aires, Prometeo/UNGS, p. 419-472.

Svampa, Maristella (2000) Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Buenos Aires: UNGS/Biblos.

Torre, Juan Carlos (2003) “Los huérfanos de la política de partidos: sobre la naturaleza y los alcances de la crisis de la representación partidaria”, Desarrollo Económico, n° 42.

Vommaro, Gabriel (2008) Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999), Buenos Aires, Prometeo/UNGS.

Williams, Raymond (1997) Marxismo y literatura, Barcelona, Península.

ARTÍCULOS

•

FORJANDO N°01 ◀

•

FORJANDO N°02 ◀

•

FORJANDO N°03 ◀

• _____

FORJANDO N°04 ◀

• _____

FORJANDO N°05 ◀

• _____

FORJANDO N°06 ◀

• _____

FORJANDO N°07 ◀

